

EL ESTANTE DE LOS ÚLTIMOS HÁLITOS

(NOVELA; SEGUNDO CAPÍTULO DE LA PRIMERA PARTE)

AGLAJA VETERANYI



Estamos mucho más tiempo muertos que vivos, dice la tía, los muertos necesitan mucha más suerte. De las ciudades conozco la plaza donde montan el circo, el mercado de verduras y el cementerio.

Los mercados de verduras son de mi madre, los cementerios, de la tía. La tierra nunca está satisfecha, siempre quiere comer.

La tía siempre habla de la tierra como si de un niño se tratara.

Yo riego las flores de las tumbas.

El agua asusta a las hormigas de los recién muertos. Salen de la tierra deslizándose rápidamente.

Detrás de la tumba de un recién muerto nunca meo.

Cuando vas a visitar a un muerto, vas a visitar a todos los muertos, dice la tía, las almas se convierten en el cielo en una sola alma.

Yo me imagino el cielo como un armario ropero.

Dentro tienen los ángeles sus requisitos. Y las almas se visten de persona antes de nacer.

Antes de morir, la tía hizo viajes de prueba.

En mi primer sueño yacía muerta sobre una mesa.

En una habitación vacía. Pero no podía estarse quieta, se levantaba continuamente y andaba de un lado al otro.

Abrí la ventana.

Ahora puedes irte, dije.

¿Qué?, ¿que tengo que morir?

En el segundo sueño su cabello tenía tres edades distintas. Era rojizo, rubio y blanco. A cada paso que daba hacia la puerta se iba pelando de los años, la habitación se hacía cada vez más larga y la tía cada vez más joven. En el centro crecía su cabello de todos los colores de manera exuberante. Se propagaba como fuego.

El tercer sueño lo soñó el tío.



Se me apareció en sueños, dijo él, vestida a punto para emprender un viaje y con maleta. Tenía al perro en sus brazos y se despedía de mí.

Cuando la tía murió, nuestros rostros se helaron en el espejo. Mi tío cubrió el espejo con su abrigo. Mi madre sollozaba por teléfono: ¡Estoy enfadada con Dios! ¡No está de nuestra parte!

Entonces le aguantó el auricular a la hermana muerta.

Del aparato instó un canto fúnebre rumano.

Al lado de la puerta sollozaba Costel. ¡Mamá Reta se ha ido!

Se dio golpes en la cabeza, en la cara, en los labios, golpeó las palabras para que volvieran a entrar en la boca.

Yo abrí la ventana.

Costel la volvió a cerrar.

El aire fresco no le va bien al cadáver, dijo.

El tío sujetó a la tía por entre las piernas y cortó la sonda. Colgaba como un cordón umbilical.

El resto lo dejó dentro de la tía.

Cuando la orina se vuelve de color verde, ya no falta mucho, había dicho el tío un día antes.

Abrió la válvula del saco y dejó que el líquido cayera dentro de una jarra. La habitación se le había hecho pequeña, el pecho le presionaba el vientre.

La muerte apestaba. La enfermera friccionó a la tía con esencia de espliego.

Mientras funcionen los riñones, todavía hay esperanza, respondió mi madre.

No, dijo el tío, todos los órganos están intoxicados.

¡Pues córtale las venas para que salga el veneno! gritó ella y encendió una vela.

No encienda velas aquí, dijo el médico, o volará todo por los aires.

Pues volaremos, respondió mi madre.

Se santigüó, juntó las manos y lanzó largas miradas hacia el techo.

¡Ayúdame! gritó de repente. ¡Ayúdame!

Dios se hizo esperar.

Cerró el puño.

¡Pues vete al diablo!

